

El sol lucía con todas sus fuerzas esa mañana, como si después de tantos años de lucha, él también quisiera recordar al mundo que Egipto tenía un nuevo soberano.

Isis caminaba con paso firme por los pasillos del templo. A pesar de todo el sufrimiento que había soportado durante los últimos años, la diosa conservaba todas las virtudes que la habían convertido en la más poderosa de las divinidades. Esa mañana, una fina túnica de lino blanco cubría su cuerpo, mientras que varias joyas de reluciente oro y azul lapislázuli se encargaban de adornarlo. Además de una asombrosa belleza, Isis poseía inteligencia, templanza, astucia y otras muchas cualidades que la habían ayudado a salir victoriosa de todas las situaciones a las que se había enfrentado. Porque, cuanto más difíciles se habían puesto las

cosas, más voluntad había mostrado ella por recuperar lo que el destino se empeñaba en arrebatarse. Y, finalmente, lo había conseguido. Los dioses, gracias a la ayuda de su buen amigo Thot, habían intercedido a su favor. Su hijo era el legítimo dueño y señor de Egipto y nadie podría oponerse a que él reinase sobre todos los hombres.

Al llegar al jardín, Isis se detuvo junto a una enorme palmera. El sol brillaba con tanta intensidad que la sombra de aquel árbol logró reconfortarla. En ese momento, un dátil cayó junto a ella, como si la palmera quisiera obsequiarla con uno de sus frutos. Isis, que tomó aquello como un signo de buen augurio, lo cogió con sus delicadas manos y degustó la dulzura de aquel apreciado fruto entre los egipcios, ya que era símbolo de fertilidad. Luego, siguió su camino con el agradable sabor del azúcar aún en los labios.

Una vez llegó al estanque, se arrodilló junto a la orilla. Mientras acariciaba una flor de loto, sin duda su preferida, se fijó en la imagen que el agua proyectaba de sí misma. A pesar de que las facciones de su rostro seguían siendo irresistiblemente

perfectas, había algo diferente en ella. Sus ojos mostraban una cruel mezcla de dolor, impotencia y resignación porque, aunque la balanza del destino se hubiera inclinado a su favor, había algo que le impedía ser completamente feliz: jamás volvería a ver a su amado Osiris. Aunque él velaría siempre por ellos, no podría sentirlo de nuevo a su lado, ni ayudaría a su hijo a dirigir el reino, ni tendrían largas conversaciones sobre el destino de los hombres... No, nada de eso sería ya posible. Eran los dioses supremos de Egipto, pero habían pagado un precio muy alto por ello.

Isis tomó la flor entre sus dedos y dedicó unos segundos a contemplar su belleza. Los delicados pétalos, a pesar de su frágil aspecto, eran capaces de sobrevivir en las peores condiciones, lo que convertía a aquella planta en un ser apreciado por ella. Y es que Isis veía en aquella flor un reflejo de sí misma, que, ante todo, era una luchadora. Después de disfrutar de su perfume, la diosa devolvió la planta al agua y continuó su paseo a través del jardín para llegar hasta la otra parte del templo. A pesar de estar ansiosa por comunicarle a su hijo

el resultado de la Asamblea, caminaba muy despacio. Había deseado tanto que aquel momento llegase, que pretendía disfrutar de cada instante que pasara.

La Asamblea había durado más de lo normal y la decisión final no había sido fácil. Ella sabía que la opinión de Thot había resultado determinante a la hora de convencer al resto de los dioses. Sin su ayuda, lo más probable era que ella, junto con su hijo, debiera abandonar aquel lugar. Ra había hecho todo lo posible por imponer su voluntad al resto del Consejo. Él la odiaba profundamente y siempre había apoyado a sus rivales, pero Thot había demostrado que su hijo Horus era el verdadero sucesor de Osiris y, por tanto, la persona que debía reinar en todo Egipto.

Antes de entrar en la habitación de Horus, Isis se detuvo un instante y repasó mentalmente lo que había sido su vida: la boda con Osiris, la traición de Seth, la búsqueda del sarcófago, el nacimiento de su hijo... Aunque todos esos momentos le parecían cercanos, no debía olvidar que aquello era el pasado y que ahora solo podía permitirse mirar

hacia adelante. El futuro pertenecía a Horus, su querido hijo, y ella lo apoyaría en todo momento, así que respiró profundamente y se aseguró de que cualquier sentimiento de debilidad quedara fuera de la habitación en la que estaba a punto de entrar.

—¡Madre! —exclamó Horus mientras trataba de levantarse.

—Descansa, hijo mío. —Isis sabía que su estado era consecuencia de la terrible batalla que había librado contra Seth. Por eso debía recuperar las fuerzas y curar todas sus heridas. Isis se acercó a su hijo y besó su mejilla.

—Creo que es hora de probar si Thot ha hecho bien su trabajo —le dijo mientras le quitaba la venda de los ojos. En el último enfrentamiento con Seth, Horus había perdido uno de sus ojos. Por fortuna, Thot lo había sanado y ahora podía ver perfectamente.

—Los dioses nos han sido leales, ¿verdad, madre?

—No podía ser de otra manera —contestó ella—. No pueden negar quién eres y te deben respeto y obediencia.

A continuación, Isis le relató el curso de los hechos y cómo Seth había enloquecido al conocer la decisión que el resto de los dioses habían tomado, aunque prefirió omitir el momento en que su malvado hermano había prometido vengarse de todos ellos. Horus también había sufrido mucho y no quería alarmarlo sin motivo. Luego, Isis abandonó los aposentos de su hijo para que pudiera recuperarse del todo.

Horus volvió a acostarse en su lecho y trató de descansar, pero, en cuanto cerraba los ojos, miles de imágenes atormentaban su mente. Era la primera vez que no debía temer por su vida y, después de tantos años de lucha, no era fácil acostumbrarse. Horus había pasado su infancia huyendo de su tío, quien sabía que algún día el muchacho intentaría vengar a su padre y reclamar su trono. A pesar de que su madre había procurado por todos los medios mantenerlo a salvo, no siempre lo había conseguido.

Horus se levantó de nuevo y miró a su alrededor. La luz le producía una sensación dolorosa, pero veía perfectamente. El último enfrentamiento había sido el más duro de todos. Seth lo había atacado

por sorpresa, asestándole un golpe casi mortal. Pero Horus, que estaba bien entrenado, respondió al ataque con todo el odio que había acumulado durante los últimos años. Finalmente, utilizando como arma un disco de oro, logró vencer a su tío, obligándolo a comparecer ante el Consejo de los dioses para acabar con aquella absurda guerra de una vez por todas.

Horus se acercó a la ventana y fijó su mirada en el horizonte. Todo lo que veía a su alrededor le pertenecía. Pero lejos de mostrarse ambicioso, asumía su destino con humildad, ya que su único deseo era estar a la altura de su padre. Osiris había gobernado con gran sabiduría, y eso era algo de lo que estaba orgulloso a la vez que le producía un tremendo malestar. ¿Y si no era capaz de desempeñar la tarea que le había sido encomendada? ¿Y si defraudaba la confianza de todos los que lo habían apoyado? Al hacerse todas estas preguntas, Horus notó que se mareaba, lo que le hizo darse cuenta de que no debía pensar en aquello hasta que estuviera completamente recuperado, por lo que decidió tranquilizarse y acostarse de nuevo.

Cuando llegó el momento de la ceremonia, Isis acompañó a su hijo hasta la sala donde iba a ser coronado. A pesar de su juventud y de la gran responsabilidad que aquello conllevaba, Horus se mostraba tranquilo y sereno. Su madre, que no quería que los demás advirtieran lo débil que se encontraba, rodeó la cintura del muchacho con una de sus manos, intentando que aquel gesto pareciera un signo del afecto que sentía por su hijo. Luego, fijó la vista en todos los presentes mientras, con su mirada, les expresaba su agradecimiento o les advertía sobre su futuro si volvían a traicionarlos, según la postura que hubieran adoptado en la Asamblea.

Antes de llegar al altar donde iba a ser coronado, Horus vio cómo un brillante rayo de luz penetraba en el templo hasta detenerse a su lado. Aunque nadie más pareció notar aquel hecho, él sintió una reconfortante presencia a su lado y comprendió que únicamente había una persona que pudiera despertar en él una sensación tan tranquilizadora, lo que solo podía significar una cosa: Osiris había decidido acompañarlo para disipar todos sus

temores. Al darse cuenta de que siempre podría contar con su padre, no pudo evitar emocionarse, y una lágrima corrió por su mejilla aunque nadie, a excepción de Isis, pudo notarlo.

Ra se acercó a Horus y levantó la corona blanca, símbolo de soberanía, sobre su cabeza. A pesar de que la decisión estaba ya tomada, mantuvo la corona en el aire, como si dudara de lo que iba a hacer. No en vano, él era una de las personas que más se habían opuesto a que Horus se hiciera con la corona. Isis no podía reprocharle el odio que le profesaba, ya que ella había sido la culpable de que Ra hubiera perdido gran parte de sus poderes. Ella sabía que no siempre había actuado bien, pero sus ambiciones no eran personales, todo lo había hecho por Horus. No dudó en dirigir una mirada desafiante a Ra, quien, acto seguido, depositó la corona sobre la cabeza del muchacho. Luego, fue Thot el que se acercó para entregarle el disco de oro, que simbolizaba su victoria sobre Seth.

Cuando todo acabó, la diosa acompañó a Horus a sus aposentos. Después de asegurarse de que su hijo se encontraba perfectamente, se dis-

puso a salir, pero Horus la llamó para que acudiera de nuevo a su lado.

—¿Qué pasará si él regresa? —A Horus le preocupaba aquella posibilidad. Seth era despiadado, cruel, egoísta, malvado..., por eso no estaba del todo conforme con la sentencia que el resto de los dioses habían decidido para él. Al ser hermano de Osiris, no podía ser condenado a muerte y, aunque todos aseguraban que no podría volver a causar mal alguno, él desconfiaba.

—Eso no sucederá nunca —respondió Isis—. Tú ocupas ya el trono de Egipto y Seth caerá en el olvido para siempre.

A pesar de la respuesta que había dado a su hijo, también ella estaba preocupada. Isis conocía demasiado bien a su hermano, por eso se había encargado de tomar varias precauciones...